



ALOCUCIÓN DE MONS. JESÚS PULIDO ARRIERO OBISPO DE CORIA-CÁCERES EN SU ORDENACIÓN

Hasta no hace mucho, cuando el Obispo de Roma iniciaba su ministerio petrino, se quemaba un poco de lino y, al consumirse rápidamente y esparcirse las pavesas, se decía: *Sic transit gloria mundi*.

Consciente de que soy polvo y nada, en este día, en que con gozo comienza mi ministerio episcopal en esta hermosa catedral de Nuestra Señora de la Asunción de Coria, vestida de gala y de fiesta, tengo muy presente que este templo también está dispuesto desde ahora para recoger, vestido de luto, mis restos en espera de la resurrección futura –y los sepulcros episcopales así lo recuerdan–. Pero para el tiempo que media hasta que llegue ese día final, he recibido hoy las insignias del Buen Pastor para entregar día a día la vida buscando a las ovejas perdidas y curando a las heridas. El báculo no es cetro de poder ni bastón de mando, sino apoyo y sostén cuando uno se siente débil y cansado; el anillo es signo permanente de una vida ofrecida en alianza para siempre; la mitra no es corona de gloria, sino testimonio de que, por encima de nosotros pecadores, es Cristo mismo quien santifica y predica el evangelio; la cruz pectoral indica que este ministerio es una participación en la pasión de Cristo por la salvación del mundo entero; el fajín y el cingulo me recuerdan que estamos ceñidos para servir y fajados para no recusar la labor. Que Dios me ayude para que nunca convierta en vanidad lo que es signo de entrega y servicio.

El Señor ha encargado a su Iglesia el ministerio de reconciliación (2 Cor 5, 18). La reconciliación es otro nombre de la salvación, no desgastado por el tiempo. “Tengo otras ovejas, dice el Señor, que no son de este redil; también a esas las tengo que traer, y escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo Pastor” (Jn 10,16). Cristo, mediante el sacrificio pascual, derribó, en su cuerpo de carne, el muro de la enemistad que tenía separados a los dos pueblos (cf. Ef 2, 14ss) y puso en paz todas las cosas, las del cielo y las de la tierra (cf. Col 1, 20). Por eso, no son ajenas entre sí la íntima unión con Dios y la unidad de todo el género humano (LG 1): de ambas la Iglesia, formada por personas de todo pueblo, lengua y nación, es prenda y sacramento, signo e instrumento. La palabra de la reconciliación nos asegura que la alegría del cielo se experimenta aquí en la tierra bajo especie de perdón y misericordia. Es la alegría de quien encuentra la oveja perdida y la lleva sobre sus hombros, la alegría de ayudarnos unos a otros para llegar al cielo. Decía el Beato Manuel Domingo y Sol: “Nuestra vocación es cierta: No estamos destinados a salvarnos solos”, cada uno por su cuenta, sino como pueblo, un pueblo que quiere caminar junto, entre nosotros y con toda la humanidad.

Caminar juntos, la sinodalidad a la que el Papa Francisco nos convoca, no es simplemente una nota o propiedad de la Iglesia, sino que expresa su naturaleza, su definición, su forma, su estilo: la Iglesia es camino, camino de salvación, y caminar juntos quiere decir contar con todos, no dejar a nadie atrás, al borde del camino, excluido, descartado.



Este tiempo de pandemia nos ha hecho descubrir la importancia de la cultura del cuidado frente a la cultura de la indiferencia. El coronavirus no es una enfermedad individual sino colectiva; es el género humano el que lo ha contraído, el que está enfermo, y, mientras no se cure todo el cuerpo, hay riesgo de recaídas. Somos responsables los unos de otros. Otras enfermedades de la humanidad tratamos de circunscribirlas a un lugar concreto cerrando fronteras para que no se diseminen: la pobreza, la guerra, la incultura, el hambre, el subdesarrollo, la corrupción... Pero también en estos casos, cuando un miembro está enfermo, todo el cuerpo sufre (cf. 1 Cor 12, 16).

Hoy entro a formar parte con alegría de esta querida diócesis de Coria-Cáceres. Agradezco de corazón el caluroso recibimiento que me ha dispensado desde el momento en que se hizo público mi nombramiento y que hoy se ha puesto de manifiesto en esta entrañable celebración. Sé que no es a mí, sino al Señor a quien quieren recibir. En su nombre me presento con el saludo de la paz y el mensaje de la reconciliación.

Agradezco con admiración la labor realizada por los obispos anteriores –aquí presentes, D. Ciriaco Benavente y D. Francisco Cerro–, verdaderos guías y ejemplo para mí. D. Diego Zambrano, junto al colegio de consultores, ha continuado su tarea durante estos últimos años marcados por la pandemia, con un singular sentido de Iglesia y de comunión. Ellos, juntamente con el muy ilustre cabildo catedralicio, me han mostrado que la diócesis de Coria-Cáceres es una Iglesia evangelizadora, viva, transparente, solidaria con los más necesitados, comprometida con el bien común... El Sínodo diocesano celebrado en los últimos años ha rejuvenecido su fe y ha renovado su compromiso cristiano para anunciar la Buena Nueva y construir el proyecto humanizador del Reino de Dios en la sociedad en la que vivimos.

También agradezco a los sacerdotes, diáconos, religiosos y laicos sus numerosas muestras de afecto. Mi deseo es que podamos formar entre todos una verdadera familia, participe de la misión de la Iglesia. Que, con lazos de íntima fraternidad sacramental entre los sacerdotes, nos ayudemos mutuamente en el ejercicio del ministerio y en la santificación personal. Que la vida consagrada, también esencial para la Iglesia, siga aportando la variedad y riqueza de sus dones y carismas, testimonio de la fecundidad del Espíritu entre nosotros. Y, sin duda, esta es la hora de los laicos, comprometidos en el mundo de la cultura, de la política, de la economía... Con ellos la Iglesia sale al encuentro de todos, sin juzgar, sin condenar, tendiendo la mano, para compartir la vida, las alegrías y tristezas, y llevar el Evangelio a todos los ambientes. Especialmente, las familias, protagonistas en este año dedicado a ellas, son la primera célula de la sociedad y de la Iglesia y, como tales, están llamadas a la transmisión de la vida y también de la fe de generación en generación. En este gran cuerpo de la diócesis, el corazón es el Seminario: es responsabilidad de todos que siga aportando savia nueva a nuestras parroquias y comunidades.

Agradezco al Nuncio de Su Santidad, que haya aceptado presidir esta celebración. Él hace presente entre nosotros al Sucesor de Pedro, principio de unidad y de comunión en la Iglesia. A través de usted queremos hacer llegar nuestra profunda gratitud al Santo Padre por su solicitud pastoral y su magisterio, que va por delante y nos indica el camino a recorrer juntos.



Mi agradecimiento se extiende a los arzobispos ordenantes y, con ellos, a los señores Cardenales, Arzobispos y Obispos aquí presentes, a cuyo servicio directo he dedicado estos últimos años en la Conferencia episcopal. Les agradezco la confianza con que me han honrado, que me ha ayudado a crecer aprendiendo de ellos. Saludo también a los representantes de las diversas confesiones cristianas.

Saludo a la Hermandad de Sacerdotes Operarios, representada aquí por el director general y un buen grupo de hermanos operarios. La Hermandad es mi familia espiritual: me ha ofrecido un camino de santificación en fraternidad al servicio de las vocaciones.

Saludo a los sacerdotes venidos de otras diócesis vecinas o lejanas, de esta provincia eclesiástica y de toda España, a los directores y personal de la Conferencia episcopal, a los compañeros de las editoriales, BAC, Edice y Libros litúrgicos, a los familiares y vecinos de mi pueblo, Santa Ana de Pusa, junto con el Sr. Alcalde y la corporación municipal, a todos los amigos de Talavera de la Reina, de Toledo, Salamanca, Roma... que han hecho el esfuerzo de acompañarnos en este día tan significativo. Les agradezco de todo corazón su presencia y su apoyo. Los amigos son un reflejo del cariño del Señor, de su consuelo, de su providencia y cercanía.

Agradezco a los medios de comunicación locales y nacionales que se hayan hecho eco de este momento de nuestra Iglesia particular con esmero y profesionalidad, y a todos los ciudadanos, el interés que han mostrado en la marcha de la diócesis. Mi saludo va a cuantos, en estos momentos, nos siguen por la Trece TV y Radio Santa María. Entre ellos están mis padres: Vicente y Victoria en el Asilo de las Hermanitas de los Pobres de Talavera de la Reina. Siento su ausencia: ellos consiguieron hacer de nuestra casa un pedacito de cielo en la tierra, donde mis hermanos y yo experimentamos un amor gratuito de predilección: todos iguales y cada uno especial. Y nos dieron así alas para lanzarnos al mundo y afrontar las dificultades con confianza.

Doy gracias de todo corazón a las autoridades civiles, judiciales, académicas, militares y a las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, que honran a la Diócesis de Coria-Cáceres con su presencia en esta celebración. Quisiera mencionar expresamente y dirigir un respetuoso saludo a la señora Presidenta de la Asamblea de Extremadura, a la señora Presidenta del Tribunal Superior de Justicia de Extremadura, a la señora Consejera de Cultura, Turismo y Deportes de la Junta de Extremadura, al señor Subdelegado de Gobierno en la provincia de Cáceres, al señor Presidente de la Diputación Provincial de Cáceres, al señor Alcalde de la ciudad de Coria, y señor alcalde de Cáceres. Cuenten con la colaboración leal y solícita de la Iglesia de Coria-Cáceres en la búsqueda del bien común, y en el cuidado de los más desfavorecidos, de los que viven solos, enfermos o carecen de recursos básicos. El proyecto humanizador del Reino de Dios comienza en esta tierra con la defensa de la dignidad de la persona y la práctica de la fraternidad universal y la amistad social.

Finalmente, quiero dar las gracias a todos los que han hecho posible esta bella celebración litúrgica: a los scouts que han acogido amablemente y organizado a los participantes, a los maestros de ceremonia y sus ayudantes que han



conducido con acierto su desarrollo, a la coral Cauriense y al coro Impulso, con sus profundas y hermosas intervenciones, y a todas las personas que sin que se note han contribuido a esta fiesta de la Iglesia diocesana. Así como a la colaboración del ayuntamiento de Coria, a la policía local, a la guardia civil, cruz roja y protección civil.

Me acojo a la intercesión de nuestro patrono San Pedro de Alcántara. Él fue un reformador de la vida de la Iglesia, que supo conjugar la oración y la pobreza evangélica. Que su ejemplo nos estimule a todos para que el compromiso cristiano nos haga cada vez más solidarios y atentos a los pobres y necesitados. Me acojo a la intercesión del Beato Manuel Domingo y Sol y de los operarios mártires, especialmente al Beato Aquilino Pastor Cambero, oriundo de esta diócesis, recientemente beatificado. A Santa María, Reina de los Apóstoles, bajo las advocaciones de Nuestra Señora de Argeme y Nuestra Señora de la Montaña, encomiendo mi ministerio. Muchas gracias a todos.